

LARRE, O. L., *La filosofía natural de Ockham. Una fenomenología del individuo*. Pamplona, Euns, Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista, 2000, 327 pp.

La profesora Olga L. Larre es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina, y profesora en la Universidad Católica Argentina. Con este libro la profesora Larre quiere contribuir a esclarecer una época, el siglo XIV filosófico, cuyo espíritu hará eclosión en la modernidad a partir de la aportación de Guillermo de Ockham. Es el despegue de la modernidad. El tema es estudiado también desde la historia de la ciencia, mostrando cómo algunos escolásticos del siglo XIV anticiparon –o al menos previeron– un cierto concepto de la física clásica moderna. No existe en la Edad Media una teoría física universal comúnmente aceptada por todos los maestros. Ni siquiera después de la introducción en Occidente de Aristóteles, hubo unanimidad sobre las enseñanzas del Maestro. Cada uno, fuera cristiano o no, actuaba desde su convencimiento. Este enfoque es expresamente manifiesto tanto en la producción física de Ockham cuanto en la de aquellos que son sus interlocutores inmediatos.

Uno de los méritos del trabajo de la profesora Larre es haber reunido una amplia documentación sacada de toda la obra de Ockham, de la que resulta una interpretación orgánica de la física del fraile franciscano. He aquí los títulos de la obra: I. Estudio biobibliográfico. II. La fuentes del pensamiento de Ockham. III. La Física como ciencia. IV. La teoría de los principios. V. La teoría de las causas. VI. La noción de *res absoluta*. VIII. La teoría de las cualidades sensibles. VIII. La teoría del movimiento. IX: La teoría del tiempo. X. El tema del lugar. XI. La teoría de la relación. XII. La noción de Naturaleza. Es indudable que el siglo XIV es el punto de nacimiento de la mecánica moderna, e Isaac Newton el creador de una nueva física en el sentido de que su aproximación matemática a la naturaleza abarca todos los fenómenos, tanto terrestres como celestes. El siglo XIV en Oxford, anticipa dos modos nuevos de enfocar la naturaleza: uno representado por Ockham, lingüístico y gramatical (todos los fenómenos, excepto las sustancias y las cualidades sensibles) son un mero término gramatical. El otro, comporta una vía matemática que procuró unificar todos los movimientos físicos en una única ley matemática de la dinámica. Ockham tiene el mérito de haber acentuado la importancia del análisis lingüístico, aun cuando no fuese éste el camino por el que se resolverían los problemas físicos. Sin embargo, la teoría nominalista, con marcado tono empírico, con su desarrollo de la teoría de la inducción aristotélica y con su carácter fundamentalmente descriptivo, se convierte en un paso necesario en la elaboración de un nuevo concepto del mundo.

JORGE M. AYALA

LEIBNIZ / BAYLE, *Correspondencia filosófica*. Introducción y traducción de M.<sup>a</sup> Socorro Fernández-García, Pamplona, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, 77, 1999, 81 pp.

Pocas veces, como sucede en este caso, la correspondencia epistolar ha desempeñado un papel tan importante para el conocimiento de la filosofía de un autor. Leibniz no sólo expuso su filosofía en grandes tratados, sino en la ingente correspondencia que sostuvo a lo largo de su vida con las más diversas personalidades de la ciencia y de la cultura de su época. Las 10 cartas que publica la profesora Socorro Fernández en esta obra, tienen como interlocutor a Pedro Bayle (1647-1706), autor del famoso *Diccionario histórico y crítico* (1695-97). La correspondencia tiene un marcado aire anticartesiano. Como se sabe, Leibniz demostró que los cartesianos confundían el efecto con la causa; que no es la cantidad del movimiento sino la cantidad de la fuerza, la que se manifiesta sin cambio en la naturaleza. Un cartesiano, Catelán, replicó a Leibniz en las *Nouvelles de la republique des lettres* (1686). Esto movió a dirigir dos escritos a la vez a Bayle. En la tercera carta se encuentran las replicas de Leibniz a Catelán y de Malebranche. En sus últimas cartas a Bayle alude Leibniz a la “armonía preestablecida” para poder explicar la relación del alma con el cuerpo sin acudir al ocasionalismo o a la postura cartesiana de una interacción milagrosa. Las diez cartas no parecen muchas, sin embargo contienen datos muy valiosos para entender cómo fundamenta Leibniz desde la metafísica y desde la teodicea su

pensamiento científico. La profesora María Socorro ha puesto a disposición del estudioso de Leibniz un material crítico valiosísimo para conocer por uno mismo o para dar a conocer a otros la filosofía del autor de la *Monadología*.

JORGE M. AYALA

FERNÁNDEZ-GARCÍA, M.<sup>a</sup> Socorro, *La omnipotencia del Absoluto en Leibniz*, Pamplona, Eunsa, 2000, 234 pp.

De nuevo la profesora Fernández-García nos ofrece un estudio sistemático sobre un punto concreto de la filosofía de Leibniz: la omnipotencia divina. El tema de Dios ocupa un lugar central en su filosofía. Pero, un Dios cuya esencia misma es existir. En virtud de esta necesidad de existencia, Dios funda toda la realidad, tanto posible como actual. Filósofo y hombre de su tiempo, Leibniz cultivó casi todos los saberes: filosofía, teología, matemáticas, física, historia, etc. Su vasto saber, unido a su intensa actividad como escritor o como político, se refleja en toda su obra. En cada frase hay como un intento de expresarlo todo. Paradigma del saber racionalista, Leibniz se interesa de un modo particular por las condiciones de verificación del saber. Es el primero en convertir en fin el problema de los principios del conocimiento. La originalidad de su pensamiento reside en el esfuerzo que realizó por asumir la casi totalidad de los problemas filosóficos que había planteados, y en su intento de resolverlos recogiendo todo lo que las distintas doctrinas filosóficas le podían aportar. La filosofía de Leibniz es como una gran empresa de conciliación entre las doctrinas más discrepantes, incluidas las doctrinas religiosas. Claro que, debido a la fuerza del pensar racionalista, muchos de los conceptos utilizados por Leibniz quedaron vaciados de su contenido.

La originalidad de Leibniz aparece también en el modo como concilió la lógica con la metafísica, distanciándose en esto de la filosofía contemporánea. En la medida en que la lógica dispone de símbolos precisos para presentar las nociones primitivas y los elementos del pensamiento, y de las reglas fijas para unirlos, constituye el arte formal de razonar, que asegura al espíritu humano un saber ilimitado y una certeza infalible. A su vez, este método permite razonar en metafísica y en moral, ya que los caracteres de la lógica pueden ayudar a fijar aquellos pensamientos que, por su abstracción, no se podrían llegar a captar ni con la ayuda de la imaginación.

En cuanto al atributo de la omnipotencia divina, ¿qué significa que Dios lo puede todo? Leibniz dedica un tratado a este tema: *Causa Dei*. Ni en esta obra, ni en los *Essais de Théodicée* cuestiona la demostración de la existencia de Dios, porque es una exigencia necesaria. En este punto Leibniz piensa como racionalista: Dios existe por el peso de su posibilidad; la esencia divina no es otra cosa que la totalidad de la posibilidad absolutamente tomada. Mientras Dios existe por su potencia infinita de existir, todo lo demás, las esencias finitas, son por naturaleza relativas. El problema que plantea este pensamiento a la filosofía cristiana es que, Dios no es el ser, sino la posibilidad, Dios no es vida. Desde la posibilidad, la vida no es más que efectividad, que difícilmente tendrá un carácter personal. Esta y otras cuestiones aquí insinuadas son desglosadas con orden y claridad por la profesora Fernández-García.

JORGE M. AYALA